

Lección 24

21 de junio de 1967

Voy a tener que... hoy voy a tener que parar en seco. La última vez les anuncié que sería mi último curso de este año escolar; habrá que cerrar este tema sin haber hecho nada más que abrirlo. Espero que algunos lo retomen si acaso pude infundirles ese deseo.

Para parar en seco tengo la intención de terminar con lo que puede llamarse un repaso clínico. No quiere decir, desde luego, que cuando hablo de lógica, y particularmente de lógica del fantasma, deje, así sea por un instante, el campo de la clínica. Todo el mundo sabe, todo el mundo da fe, de entre los facultativos, que es en el día a día de las declaraciones de sus enfermos donde hallan, muy usualmente, mis principales términos. Igualmente, no es en otra parte donde yo mismo he ido a buscarlos.

Lo que yo emplazo –con lo que llamo términos índice de mi enseñanza–, lo que yo emplazo, quiero decir, con lo que ordeno la plaza, es el discurso psicoanalítico *mismo*.

Apenas al comienzo de esta semana... –este es un testimonio inverso, en cierta forma, al que muy a menudo me es dado, a saber, que tal enfermo parece haberle dado a su analista, la tarde misma o a la mañana siguiente a mi seminario, algo que parece ser su repetición, hasta el punto que uno se preguntaría si pudo haberle llegado un eco. Y si uno se maravilla tanto más de los casos en que es en verdad imposible, inversamente podría decir que, apenas al comienzo de esta semana, me encontraba en los comentarios de tres sesiones que me fueron relatadas, de un psicoanálisis –poco importa que fuese didáctico o terapéutico–, los términos mismos que yo sabía (puesto que era lunes), que yo había... “excogitado” la víspera, en ese lugar campestre donde preparo para ustedes mi seminario...

Entonces, en cierta forma no hago otra cosa que dar coordenadas de dónde se sitúa ese discurso analítico. ¿Pero qué quiere decir esto? Puesto que yo puedo cotejar, puesto que cada cual puede, tan frecuentemente, cotejar ese discurso... y no basta con decir que es el discurso de un neurótico, eso no lo especifica. Es el discurso de un neurótico en las condiciones, hasta en el condicionamiento, que le da el hecho de tener lugar en el consultorio del analista. Y desde ahora, no por nada adelante esta condición de *local*.

¿Quiere esto decir que esos ecos, hasta esos calcos, significarían algo bastante extraño?

Todo el mundo sabe, todo el mundo puede ver, todo el mundo puede haber experimentado, que mi discurso ¡por supuesto! aquí, no es el de la asociación libre.

¿Quiere esto decir que ese discurso al que le recomendamos el método, la vía de la asociación libre, ese discurso de los pacientes hace, recubre, el mío aquí? Que en el momento en que falta a éste, en cierta forma, y en que especula, en que introspecta, en que elucubra, en que “intelectualiza”, como decimos tan amablemente... ¡Indudablemente no! Bien debe haber allí otra cosa que, aun cuando pueda decirse¹ que el paciente obedece a la recomendación de la asociación libre en tanto vía que le proponemos, puede no obstante, en cierta forma legítimamente, decir esas cosas, y en efecto, todo el mundo sabe bien que si se le solicita pasar por la vía de las asociaciones libres, no quiere esto decir que esto comande un discurso suelto ni un discurso roto. No obstante, para que algo alcance, a veces hasta en sus finezas, tal distinción sobre las incidencias de su relación con su propia demanda, con su pregunta sobre su deseo, tiene que ser, no obstante, un asunto de naturaleza tal que nos haga reflexionar un instante sobre lo que condiciona ese discurso más allá de nuestras consignas.

Y ahí tenemos que hacer intervenir, por supuesto, este elemento (hoy me quedaré en verdad a nivel de las evidencias más comunes) que se llama *interpretación*.

Antes de preguntarse lo que es, cómo, cuándo hay que hacerla... lo que no deja de provocar cada vez más en el analista cierto aprieto, a falta tal vez de plantear la pregunta en el tiempo previo a aquel en que voy a plantearla. Es éste: ¿cómo el discurso, el discurso libre, el discurso libre que se le recomienda al sujeto, está condicionado por lo que en cierta forma está en *trance*² de ser interpretado? Y ahí está lo que nos lleva a evocar sencillamente algunas coordenadas que los lógicos, aquí, desde hace mucho tiempo nos dan, y que es justamente lo que me ha llevado a hablar de lógica este año.

Cierto es que no se trata de que yo haya podido hacer aquí un curso de lógica. No era compatible con lo que yo tenía que recubrir. Intenté dar la armazón de una cierta lógica, que nos interesa a nivel de esos dos registros: el de la alienación por una parte, el de la repetición por la otra; esos dos esquemas en cuadrángulo y profundamente superpuestos, que yo espero que por lo menos una parte de entre ustedes recuerde. Pero espero también haber incitado a algunos a abrir, así, a entreabrir, a echar una ojeada a algunos libros de lógica, así haya sido solamente para

¹ “que, aún, pueda decir” [Sizaret].

² *passee*, en francés, en versalitas en el texto [T.]

recordar las distinciones de valor que el lógico introduce en el discurso, cuando distingue, por ejemplo, las frases que llama asertivas de las frases imperativas o implorativas.³

Simplemente, para señalar que ocurre, que puede ocurrir... él puede plantearse (se localiza, a nivel de las primeras) preguntas que los demás... que no son por supuesto palabras menos henchidas de incidencias, y que podrían también interesar a los lógicos, pero, cosa curiosa, que no abordan sino soslayándolas y en cierta forma de sesgo, lo que hace que, hasta hoy, ese campo haya quedado bastante intacto... Esas frases que llamé imperativas, implorativas, por cuanto que, en últimas ¿qué? Solicitan claramente algo que, si nos referimos a lo que definí como acto, no puede sino interesar a la lógica; si solicitan esas intervenciones activas, tal vez en ocasiones sea a título de actos. No obstante, sólo las primeras serían, al decir de los lógicos, capaces de ser sometidas a lo que puede llamarse la *crítica*.

Definamos ésta como la crítica que exige una referencia en las condiciones necesarias para que, de un enunciado, pueda deducirse otro enunciado.

Aquel que hoy cayera aquí en paracaídas por primera vez y que por supuesto no hubiera oído hablar de estas cosas, pensaría que en eso hay algo muy plano; pero, bueno, supongo, sin embargo, que para todos, en sus oídos, resuena aquí la distinción de la enunciación y del enunciado. Y el hecho de que el enunciado está constituido –para escucharme, para escucharme en lo que acabo de decir–, por una cadena significativa. Quiere decir que lo que en el discurso es objeto de la lógica está pues limitado al comienzo por condiciones formales y es justamente lo que hace que se la designe con ese nombre de “lógica formal”.

Bueno, pues bien, ahí, al comienzo (no enunciada al comienzo, por cierto, por aquel que es aquí el gran iniciador, a saber, Aristóteles, enunciada únicamente por él de una manera ambigua, parcial, pero seguramente despejada en los progresos ulteriores), vemos, a nivel de lo que llamé “condiciones necesarias”, prevalecida la función de la negación en tanto excluye al tercero. Esto quiere decir que algo no puede ser afirmado y negado al mismo tiempo desde el mismo punto de vista. Eso es, por lo menos, lo que nos enuncia Aristóteles. Esto, explícitamente.

En últimas, bien podemos ahí, enseguida, poner al margen lo que nos afirma Freud: que, sin embargo, ese principio que se llama de “no contradicción” no es límite para detener... ¿para detener qué? Lo que se *enuncia*... en lo inconsciente.

³ *imploratives*: al parecer se trata de paráfrasis de la forma imperativa: “¡Ayúdame ¿quieres?!” o “¿Quieres prender la luz?” o “Ven acá ¿quieres?” o “¡Por favor no fume!” [T.]

Ya saben ustedes que Freud lo subraya desde *La Ciencia de los sueños*: contradicción (es decir, que una misma cosa sea afirmada y negada muy propiamente al mismo tiempo, desde el mismo ángulo), es lo que Freud nos designa como el privilegio, la propiedad, de lo inconsciente.

Si se necesitara algo para... confirmar, para quienes aún esto no ha podido entrarles en la cabezota, que el inconsciente está estructurado como un lenguaje... yo diría ¿cómo entonces puede usted hasta justificar que Freud haya tenido el cuidado de subrayar esta *ausencia*, en lo inconsciente, del principio de no contradicción? Porque el principio de no contradicción... ¡nada tiene que ver con lo real! ¡No es que en lo real no haya contradicciones, no es *cuestión* de contradicción en lo real!

Si lo inconsciente... ¿cierto? Como quienes, teniendo que hablar de lo inconsciente, en fin... en lugares en donde, en principio, se imparte una enseñanza, comienzan diciendo: “¡que los que están en esta sala y que crean que lo inconsciente está estructurado como un lenguaje, salgan!”; ¡cierto, tienen razón, porque eso prueba que ya lo saben todo!... y que, en todo caso, ¡para aprender que sea otra cosa no necesitan quedarse! Pero esta otra cosa, si son las “tendencias”, como se dice... la tendencia pura o la tensión, en todo caso, ¡ah! ¡no se necesita que sea otra cosa diferente a lo que es! Puede componerse, en este caso, según el paralelogramo de las fuerzas, puede invertirse –puesto que suponemos allí una dirección– ¿cierto? Pero siempre en un campo sometido, si puede decirse, a composición.

Pero en el principio de contradicción se trata de otra cosa. Se trata de *negación*. ¡La negación no anda por ahí en las cunetas! Pueden ir a buscarla bajo los pies de un caballo y jamás encontrarán una negación.

Entonces, si se subraya, si Freud, que con todo debía saber algo al respecto, tiene el cuidado de subrayar que el inconsciente no está sometido al principio de contradicción, pues bien, ¡tal vez sea justamente porque puede ser que es cuestión de que le esté sometido! Y si es cuestión de que le esté sometido, es muy evidentemente por causa de lo que se ve: ¡que está estructurado como un lenguaje! En un lenguaje (el uso de un lenguaje) está *prohibido*, lo cual, en últimas, puede hacer parte de cierta convención. Este “prohibido” tiene un sentido. El principio de contradicción funciona o no funciona. Si uno se percata de que no funciona en alguna parte, es porque se trata de un discurso. Invocarlo quiere decir que lo inconsciente viola esta ley lógica y esto da pruebas, al mismo tiempo, de que está instalado en el campo lógico y de que articula proposiciones.

Entonces, recordar esto no es, por supuesto –más que incidentalmente– para volver a las bases, a los principios, pero sobre todo para, a ese respecto, recordarles que los lógicos nos enseñan que la ley de no contradicción –aun cuando haya podido haber una equivocación al respecto durante bastante tiempo– no es lo mismo, que ha de distinguirse de lo que se llama ley de bivalencia.

Otra cosa es prohibir en el uso lógico –en la medida en que se ha dado las metas limitadas de las que les hablé hace poco, limitadas en su campo a frases asertivas, limitadas a esto: a despejar las condiciones necesarias para que se deduzca, de un enunciado, una cadena correcta, es decir, que permita hacer la misma aserción en otro enunciado, aserción que es afirmativa o negativa– otra cosa es fundar eso y decir *ley de bivalencia*: toda proposición es o verdadera o falsa.

No voy a extenderme aquí... Primeramente, porque ya lo hice. Indiqué desde mis primeras lecciones de este año algunos... puse algunos *hints* para que sintieran hasta qué punto es fácil demostrar que no es únicamente porque uno no sabe, que puede construirse fácilmente una proposición que les haga sentir hasta qué punto esta bivalencia –esta bivalencia como zanjada–, es problemática. Todos los matices que hay y que se inscriben en... entre el *¿es cierto que sea falso?* o el *es falso que sea cierto*, no son algo, sin embargo, lineal, unívoco y zanjado.

Pero, justamente, esto es lo que da todo su valor a la presencia de esta dimensión, que es la nuestra, aquella dentro de la cual se sitúa ese discurso al que le pedimos no mirar más lejos, si puedo decirlo, de la punta de su nariz... “Basta con que tenga que plantearse la pregunta –le digo a aquellos que entran en análisis conmigo– sobre si debe o no decir eso: está zanjada”. Es la manera más clara de enunciar la regla analítica. Con todo, sin embargo, lo que no le digo, pero que es el pié con el que él arranca, es que, en último término, lo que está ahí planteado como lo que ha de ser buscado en las *fallas* de los enunciados, es la verdad. Fallas que, en últimas, le doy todo el derecho de –le recomiendo casi– multiplicar, pero que, en adelante, por supuesto suponen –suponen en el principio de la regla misma que le doy–, una coherencia que implica refección eventual de dichas fallas. ¿Refección que ha de hacerse según qué normas sino las que evoca, las que sugiere, la presencia de la dimensión de la verdad? Esta dimensión es *inevitable* en la instauración del discurso analítico.

El discurso analítico es un discurso sometido a la ley de solicitar a esta verdad –de la que hablé ya en los términos aquí más apropiados: una verdad que habla– de solicitarle, en suma, enunciar un *vere-dicto*, un *dicto* verdadero.

¡Por supuesto, la regla toma una valor muy diferente!... Esta verdad que habla y cuyo veredicto se espera... ¡se la acaricia, se la amaestra, se le pasa la mano por la espalda! ¡Ese es el verdadero sentido de la regla! Uno quiere adelantársele. Y para sobrepasarla se hace como si, en suma –ese es el sentido de la regla de la asociación libre– se hace como si a uno no le preocupara y no le interesara, como si pensara en otra cosa; tal vez así ella suelte el pedazo. Ese es el principio. Me sonrojo casi, bueno... al hacer de esas cosas aquí un... ¡pedazo! Pero, no lo olviden, tengo que vérmela con psicoanalistas; es decir, con quienes –esto ya lo dije, lo cual es, bueno... tangible y está casi al alcance de todo el mundo– tienen más tendencia a olvidar y, por supuesto, tienen muchas razones para ello. Voy a decirlas enseguida.

Entonces, ahí el asunto, lo puntúo de pasada, es que en suma uno interroga la verdad de un discurso que, si es cierto lo que dije hace poco, siguiendo a Freud, es la verdad de un discurso que puede decir sí y no, al mismo tiempo, de la misma cosa (puesto que es un discurso no sometido al principio de contradicción), y que al hacerlo, al decirlo, como curioso discurso, introduce una verdad. ¡Esto también es fundamental! Como prueba, tan fundamental (aun cuando, por supuesto, no siempre distinguido en el tipo de enseñanza que evocaba hace poco), es tan fundamental que es de ahí que resulta el sobresalto que se sabe, se siente, se tiene testimonio, que Freud tuvo que dar cuando tuvo... –seguramente fue eso lo que sucedió–, que explicar a su banda (ya saben, ahí... los amigos vieneses, ¿ah?, de los miércoles), que... ¡había un paciente que había tenido sueños hechos *adrede* para joderlo a él, a Freud!⁴ ¡Sobresalto! ¡Sobresalto en la asamblea y seguramente hasta clamor!... Puesto que, así mismo, se ve que Freud empieza bueno... a darse la pena de resolver el asunto. Explica eso, por supuesto, como puede: a saber, que los sueños no son lo inconsciente, que los sueños pueden ser mentirosos. ¡No quiere esto decir que lo menos que pueda decirse es que no hay que presionar este inconsciente! Quiero decir, que si esta dimensión ha de ser preservada, lo cual hace Freud, es a nombre de que lo inconsciente, por su parte, *preserva* una verdad... ¡que no confiesa! Y que si uno lo presiona, entonces, por supuesto, puede ponerse a mentir a todo dar. Con los *medios* que tiene. ¿Pero qué quiere decir todo esto?

⁴ Cfr. *La interpretación de los sueños*.

Por supuesto, lo inconsciente... sólo tiene sentido –salvo para los imbéciles que piensan que es el mal–, sólo tiene sentido a partir del momento en que se ve que no es lo que llamaremos así, si quieren: un “sujeto de pleno derecho”; o más exactamente, que es de antes, de antes del sujeto de pleno derecho; hay un lenguaje *de antes* de que el sujeto... no sea... supuesto... saber... cualquier cosa⁵.

Hay entonces una anterioridad lógica del estatuto de la verdad sobre cualquier cosa, calificable de sujeto, que pueda alojarse allí.

Eso es lo que... Cuando digo estas cosas, yo sé bien que cuando las escribí por primera vez en *La cosa freudiana*, eso tuvo... bueno, tuvo su breve resonancia romántica. ¡Qué quieren! No puedo hacer nada, la verdad es un personaje al que desde hace mucho tiempo se le dio una piel, cabellos, y hasta un pozo donde alojarse, y para hacer ahí de ludión...⁶ se trata de encontrar la razón de eso. Lo que quiero decirles, simplemente, es que es, se los dije hace poco, *impossible* excluirlo, por la razón que verán.

Es que si la interpretación no tiene esa relación con lo que no hay medio alguno de llamar de otra manera que la verdad; si sólo es eso tras lo cual, bueno, uno... uno la acoge, en la manipulación, así, de todos los días, ¡ah!... no va uno a inquietar, así, a los... favoritos que uno controla haciéndoles llevar sobre sus costillas la carga de la verdad... Uno les dice, entonces, que la interpretación ha “tenido éxito” o no, como se dice, porque... ¿qué? –es el criterio, ¡ah!– ¡porque ha tenido su efecto de discurso!... lo cual ninguna otra cosa puede ser... ¡sino un discurso! Es decir, que hubo material, eso rebotó, el tipo continuó despotricando.

Bueno, pero si es eso, entonces, si es únicamente *puro* efecto de discurso, eso lleva un nombre que el psicoanálisis conoce perfectamente y que es además problema para éste; lo curioso es... es precisamente eso y no otra cosa: lo que se llama *sugestión*. Y si la interpretación no fuera lo que entrega material, quiero decir, si se elimina radicalmente la dimensión de la verdad, toda interpretación no es sino sugestión.

Esto es lo que pone en su lugar esas especulaciones, hartamente interesantes porque uno ve que sólo están hechas para evitar esa palabra *verdad*. Cuando el señor Glover habla de interpretación “exacta” o “inexacta”,⁷ sólo puede hacerlo para evitar esta dimensión de la verdad y lo hace, este

⁵ *que le sujet... ne soit... supposé savoir*; de que al sujeto no se le suponga... saber... cualquier cosa [N. del T.]

⁶ Ludió o diablillo de Descartes. Se llamaba ludió porque sus propósitos eran eminentemente lúdicos [N. del T.]

⁷ Glover Edgard, 1ª publicación 1931, *I. J. P.*, vol. XII, retomado en *La Technique psychanalytique*, traducción de C. Laurin, P.U.F., 1958, capítulo I de la 3ª parte, págs. 419 a 434: “El efecto terapéutico de la interpretación inexacta”.

estimado hombre, que es un hombre que sabe muy bien lo que dice, no solamente para evitar la dimensión, porque verán que no la evita... solamente que ¡vean! uno puede hablar⁸ de dimensión de la verdad pero es muy difícil hablar de interpretación “falsa”. La bivalencia es polar, pero deja en problemas lo que concierne al *tercero excluido*. Y es por eso que admite la fecundidad eventual –quiero decir, Glover– de la interpretación “inexacta”. Remítanse a su texto. “Inexacto no quiere decir que sea falso”. Quiere decir que nada tiene que ver con lo que está en cuestión, en ese momento, en tanto verdad. Pero a veces no necesariamente cae por ello fuera del tiesto; porque... porque no hay manera, ahí, de no ver[la] resurgir. Porque la verdad se quiere *rebelde*, porque por muy “inexacta” que sea, ¡se le ha hecho cosquillas, sin embargo, en alguna parte!

Entonces, en ese discurso analítico destinado a cautivar la verdad, lo que representa la verdad es la respuesta-interpretación, interpretativa, la interpretación... como siendo ahí *posible*, aun si no tiene lugar, que oriente todo ese discurso. Y el discurso que hemos prescrito como discurso libre tiene por función *hacerle lugar*. No tiende a otra cosa que a instituir un *lugar de reserva* para que esa interpretación se inscriba allí, como lugar reservado a la verdad.

Ese lugar es el que ocupa el analista. ¡Les hago notar que lo ocupa pero no es ahí donde el paciente lo pone! Ahí radica la importancia de la definición que doy de la transferencia. En últimas, ¿por qué no recordar que es específica? Está ubicado en posición de sujeto *supuesto saber*, y sabe muy bien que eso sólo funciona si él sostiene esta posición, puesto que es ahí donde se producen los efectos mismos de la transferencia; los mismos, por supuesto, sobre los que ha de intervenir para rectificarlos en el sentido de la verdad. Es decir, que está entre dos sillas, entre la posición falsa de ser el sujeto supuesto *saber* (lo cual él sabe bien que no es) y la de tener que rectificar los efectos de esta *suposición* por parte del sujeto, y esto en nombre de la verdad. Y justamente por eso la transferencia es fuente de lo que se llama resistencia. Es que si es bien cierto, como digo, que la verdad en el discurso analítico se ubica en otra parte, en el lugar, ahí, de quien escucha, de hecho, aquel que escucha sólo puede funcionar como relevo respecto a este lugar; es decir, que lo único que puede saber es que él mismo está –en tanto sujeto– en la misma relación con la verdad que quien le habla. Es lo que comúnmente se dice así: que está, obligatoriamente, como todo el mundo, en dificultades con su inconsciente. Y esto es lo que constituye la función, la característica cojitranca, de la relación analítica.

⁸ Tratándose de Glover se esperaría que fuera: “uno puede *no* hablar”.

Es que, justamente, *únicamente* esta dificultad, *la suya propia*, puede responder, puede responder *dignamente* allí donde se espera –donde se la espera y donde a veces se la puede esperar bastante tiempo– ¡allí donde se espera la interpretación!

Solo que, ven ustedes... una dificultad, ya sea “de ser”⁹ o bien de relación con la verdad, probablemente es lo mismo, ¡una dificultad no constituye un estatuto!

Y es justamente por eso que en ese punto se hace todo para darle a esto, que es la condición del analista –el no poder responder sino con su propia dificultad de ser... analista, por qué no– se hace todo para camuflarlo. Contando cosas, por ejemplo que, por supuesto, bueno... ¡ya resolvió sus problemas con su inconsciente, ah!, ¡estuvo en psicoanálisis, y además didáctico!... Y por supuesto eso le permitió con todo, bueno, sobre eso, en fin, ¡estar un poco más tranquilo!

Cuando en realidad no estamos en el campo del más ni del menos. Estamos en el fundamento mismo de lo que constituye el discurso analítico.

Esto no avanza rápido, ¿ah? Pues bien, sin embargo, es justamente así como hay que avanzar.

Esta verdad, si se relaciona con el deseo, tal vez nos dé cuenta de las dificultades que tenemos para manipular aquí está verdad de la misma manera que pueden hacerlo los lógicos. Que me baste con evocar que el deseo no es algo así, en efecto, cuya verdad sea tan simple definir.

Porque la verdad del deseo... [risita] ¡eso es tangible!... Eh... siempre tenemos que vérnosla con ésta, porque es por eso que la gente viene a buscarnos: sobre el tema de lo que sucede, para ellos, cuando el deseo... llega... ¡a lo que se llama “la hora de la verdad”! Esto significa: he deseado mucho algo –cualquier cosa– pero estoy ahí delante, puedo obtenerlo, ¡y es ahí donde ocurre un accidente!

Sí. *El deseo...* ya intenté explicarlo, *es falta...* No fui yo quien inventó eso, se lo sabe desde hace mucho, se han hecho otras deducciones al respecto, pero es de ahí de donde se ha partido porque uno no puede partir sino de ahí: fue Sócrates.¹⁰ *El deseo es falta en su esencia misma.* Y esto tiene un sentido: es que no hay objeto con el que se satisfaga el deseo, aun si hay objetos que son *causa* del deseo.

⁹ Pasaje incierto.

¹⁰ Platón, *El Banquete*, 200-201.

¿Qué pasa con el deseo a la hora de la verdad?

Es justamente a partir de esos accidentes tan conocidos que la sensatez toma ventaja y se las da de considerarlo como locura, y luego: a instaurar todo tipo de medidas dietéticas para preservarse de eso. Digo, del deseo.

¡Eso! Salvo que el problema... el problema es que hay un momento en que el deseo es deseable. Es cuando se trata de lo que sucede, no sin razón, para la ejecución del acto sexual. Y entonces ahí el error, el error considerable es creer que el deseo tiene una función que uno inserta en lo *fisiológico*. Se cree que lo inconsciente no hace más que aportar allí la perturbación. ¡Es un error! Es un error que hoy, Dios mío, yo... yo así, pongo de manifiesto, puesto que de esta manera les digo adiós por algunos meses. Pero uno nota bastante bien que, a pesar de todo, es un error que queda inscrito en el fondo... mismo de las más advertidas mentes, quiero decir, de los psicoanalistas.

Es muy extraño que no se entienda que lo que aparece, en fin, como la medida, la prueba del deseo, en otras palabras, ¡Dios mío!... la erección, pues bien ¡Dios mío! ¡nada tiene que ver con el deseo! El deseo bien puede funcionar, operar, tener todas sus incidencias sin estar acompañado de ninguna manera de eso. La erección es un fenómeno que hay que situar *en el camino* del goce. Quiero decir, que por sí misma esta erección *es* goce y que, precisamente, para que opere el acto sexual, lo que se pide es que no se detenga: es goce autoerótico. No se ve por qué, si fuera de otra forma, este goce estaría marcado por esa especie de velo. Normalmente, quiero decir cuando el acto sexual –por lo menos hay que suponerlo– tiene todo su valor, pues bien, los... emblemas priápicos se elevan en todas las esquinas! No es por ser un objeto a sustraer de la contemplación común, que, sin embargo, precisamente, esta erección y cuestionable [*sic*], es cuestionable, respecto al acto sexual como acto.

Ese deseo... en cuestión, el deseo *in-cons-ciente*, aquél del que se habla en el psicoanálisis y por cuanto se relaciona con el acto sexual, primero hay que, conviene definirlo bien y ver de dónde surge ese término antes de que funcione.

Es muy importante recordar esto, que sin embargo está desde siempre en toda mi enseñanza. Por esto: que si uno no se acuerda, si uno no plantea en esos términos la operación indispensable para el acto sexual, si no es en el registro del goce –y no en el del deseo– que uno pone la operación de la copulación, su posibilidad de realización, está uno condenado enteramente a nada entender de todo lo que decimos sobre el deseo femenino. Del cual

explicamos que está, así como el deseo masculino, en una cierta relación con una falta, una falta simbólica, que es la falta fálica. Cómo entender, cómo situar con justeza el sentido, el lugar de lo que decimos ahí respecto al deseo femenino si no se parte de esto, que –en el plano del goce– diferencia fundamentalmente a los dos *partenaire*, introduce entre ellos el abismo; que yo designaré, creo, suficientemente, tomando dos coordenadas: para el hombre, aquella que definí hace un instante como la erección, en el plano del goce, y para la mujer, aquella para la cual no hallaré nada mejor que esto, y no tuve que esperar a ser psicoanalista para obtener esta confidencia y que pueden obtener todos ustedes, y es la manera como las muchachas designan entre sí lo que les parece más cercano a lo que a ese nivel designo, a saber, lo que ellas llaman “el golpe de ascensor”; cuando algo así¹¹ les sucede, como lo que sucede cuando eso desciende más bien bruscamente, ellas saben, saben muy bien, que ahí hay algo que es del orden del registro de lo que se trata en el acto sexual.

Es de ahí que hay que partir para saber a qué *distancia* ubicar el deseo, es decir de lo que se trata en lo inconsciente, el deseo *en su relación* con el acto sexual.

No es una relación del derecho al revés. No es una relación de epifenómeno, no es una relación de cosas que cuadran. Es por eso que es bien necesario ejercitarse durante algunos años en saber que el deseo no tiene que ver sino con la *demanda*. Que es lo que se produce como *sujeto* en el *acto* de la demanda.

Y el deseo no está comprometido en el acto sexual sino en la medida en que una demanda puede estar comprometida en el acto sexual; lo cual, en últimas, no se da necesariamente pero, bueno, ¡es corriente!... Lo corriente es... en la medida en que el acto sexual –que es lo que les definía, a saber, lo que jamás culmina, lo que jamás culmina en hacer un hombre ni una mujer– en fin, digamos esto para provocarlos, es que el acto sexual se inserta en algo que se llama el *mercado* o el *comercio* sexual.

Entonces, ahí, hay que hacer demandas. Es de la demanda –y fundamentalmente de la demanda– que surge el deseo. Es justamente por eso que el deseo en lo inconsciente está estructurado como un lenguaje. ¡Puesto que de ahí sale!

Es una lástima que yo tenga que vociferar esas cosas, que están absolutamente al alcance de cualquiera. Y que regularmente se omiten y olvidan en todo lo que se elucubra sobre las teorías más simples que conciernen al psicoanálisis.

¹¹ Lacan lo expresa con gestos y ademanes [S.].

¡Eso es! Esto quiere decir, al mismo tiempo, que es en ese deseo, que no es más que un subproducto de la demanda (no tengo por qué hacerles la teoría de esto), es justamente ahí que se capta por qué está *en su naturaleza* no ser satisfecho.

Porque si el deseo surge de la dimensión de la demanda, aún si la demanda es satisfecha en el plano de la necesidad que la suscitó, está en la naturaleza de la demanda –puesto que ha sido lenguajera– engendrar esta falla del deseo que proviene del hecho de que es demanda articulada y que hace que hay algo *desplazado*, que hace del objeto de la demanda impropio para satisfacer el deseo. Como el seno, que es todo... que es lo que *desplaza* todo lo que pasa por la boca para una necesidad digestiva; que sustituye allí ese algo que es propiamente lo que está perdido, lo que ya no puede ser dado. No hay posibilidades de que el deseo sea satisfecho, uno sólo puede satisfacer la demanda.

Y es por eso que es justo decir que el deseo es el deseo del Otro. Su falla se produce en el lugar del *Otro*, en la medida en que la demanda se dirige al lugar del Otro. Ahí resulta teniendo que cohabitar con eso cuyo lugar es también el Otro, a título de la verdad; en este sentido: que en ninguna parte hay abrigo para la verdad salvo en donde tiene lugar [plaza] el lenguaje, y que es en el lugar del Otro donde el lenguaje encuentra su lugar.

¿Entonces...? Entonces, es ahí donde habría que entender un poquito de qué se trata en lo que concierne a ese deseo en su relación con el deseo del Otro.

Para eso, intenté construir para ustedes un breve apólogo, que tomé prestado, no ciertamente por azar sino por razones que son bien esenciales en lo que se llama el arte del vendedor. Es decir, el arte de la oferta en su designio de crear la demanda. Hay que hacer que alguien desee algún objeto que no necesita, para llevarlo a pedir.

Entonces, no necesito describirles todos los trucos que se usan para eso. Se le dice que le va a faltar, por ejemplo, por el hecho de que el otro lo coja, que, por ese hecho, lo tendrá a uno dominado [*aura barre sur lui*: le pondrá una barra]. Uso palabras que hacen eco de mis símbolos habituales. Sin embargo, esto funciona literalmente así en la mente de lo que se llama un buen vendedor. O también le mostrará que ese será en verdad un signo exterior muy preponderante para el decorado que entiende dar a su vida. Creemos en eso... En suma, es por el deseo del Otro que todo objeto está presente cuando se trata... de comprarlo.

Comprarlo, comprarlo... dejadez.¹² ¡Vaya, vaya!... Es bastante curioso. Es una palabra... dejadez, *Feigheit*... “¡Usted es un dejado, señor!...”. *Tua res agitur*,¹³ en efecto se trata de dejadez, pero es de ti mismo que se trata. ¡Sí! Justamente se trata de eso... Lo que se ve en el hecho de que el resultado principal lo conoces muy bien, que surge de esta serie de malversaciones... que son las que la vida resume bajo el signo del deseo, ese resultado principal será el que te llevará siempre más lejos en el sentido de redimirte.¹⁴ De redimirte de la dejadez.

He tenido cuidado, sin embargo, antes de traer esta dimensión siempre por supuesto oculta en la intervención analítica, pero que ellos, los demás, que los que están en la jugada, quiero decir, que aquel que sostiene el discurso analítico no mastica. Sabe muy bien que la dimensión de la dejadez tiene que ver, pero no sé... tuve el cuidado de volver a abrir para ustedes, bueno... así, cualquiera de las grandes observaciones de Freud, caí enseguida en *El hombre de las ratas*, en el hecho de que el paciente trae enseguida esta dimensión de su dejadez. ¡Sólo que lo que no está claro es dónde está la dejadez! Es como para la dimensión de hace poco, la de la verdad. El coraje del sujeto es tal vez, justamente, jugar el juego del deseo, y del deseo del Otro. Es darle la primacía a algo que es asimismo, tal vez, la dejadez del Otro que él compra¹⁵ y hallarse al final allí, reencontrarse allí. Puesto que, a fin de cuentas, ese es justamente el problema cuando se trata de la neurosis.

Pero para eso es importante captar bien, o más exactamente recordar, traer al primer plano lo que dije del deseo, lo que dije en su tiempo sobre el deseo, cuando dije el deseo *es* su interpretación. ¿Ah? Se podría hacer una objeción, no obstante. Porque en últimas ese deseo... ese deseo inconsciente del que nadie quiere saber bien [*sic*]¹⁶ lo que quiere decir, un deseo “inconsciente”, –¿qué debe ser, en principio, más consciente que el deseo? Si se habla de deseo inconsciente es justamente, en efecto, porque el que es posible es el deseo del Otro; si está justamente lo que acabo de evocar, recordando la metáfora de la compra, de la que no se sabe qué atrapa, de esta *a*-cautivación¹⁷ en el deseo del Otro... es que hay un paso que dar.

¹² *l'acheter* y *lâcheté*, respectivamente. Perfecta homofonía. *Lâcheté*: dejadez, cobardía. [N. del T.]

¹³ Horacio, *Épîtres*, I, XVIII 80.

¹⁴ *de te racheter*: podría traducirse también “de volverte a comprar”.

¹⁵ “A quien él compra”, *il l'achète* [Dorgeuille]; “que lo compra”, *qui l'achète* [Sizaret]. En todo caso hay un juego de palabras entre estas expresiones y *qui lâchète*, neologismo que supondría decir que el Otro se abandona [N. del T.]

¹⁶ *Ne veut bien savoir*. ¿Será tal vez *ne veut rien savoir*: nada quiere saber? [N. del T.]

¹⁷ Sizaret: *ac-captivation*. Dorgeuille: *captivation*.

El deseo inconsciente, si es inconsciente, se nos dice, es que, en el discurso que lo soporta, se rompe un eslabón para que el deseo del Otro... ¿sea qué?... ¡Irreconocible! Es el mejor truco que se ha encontrado para detener esta mecánica. Hay un paso, un no [*pas*]; pues bien, creamos, más acá de ese paso [de ese no], no el *no deseo* sino el *deseo no*. Eso es la definición del deseo inconsciente –cuyas sutilezas podemos expresar gracias a la negación, en francés– a saber, ese punto de caída que nos designa el *no [pas]*, el punto del que ya hice uso con el tema del no sentido/paso de sentido [*pas de sens*].

Ese *deseo no*, llegaré, si me dejan un poquito la brida en el cuello, hasta hacer de éste un nombre escrito de una sola tirada y con ese *des* que lo comanda, llegaré hasta darle el mismo acento que *desespero* o que *deser* y decir que el deseo inconsciente del *deseonó* es algo que decae respecto a no sé qué *eonó*¹⁸. *Eonó* que designa muy precisamente el deseo del Otro; respecto al cual, interpretarlo se verbalizaría bastante bien con un *eonoar* [*irpasser*].¹⁹ Es en torno a esto que puede hacerse la inversión. Es que la interpretación, en efecto, es la que toma lugar del deseo, en el sentido en que hace poco me objetaban ustedes que estaba ahí, por muy inconsciente que fuera, primero. Pero está ahí también tal que se vuelva a pasar por ahí [*on y repasse*] porque ahí ya está articulado y porque la interpretación, cuando ha tomado su lugar... ¡afortunadamente nada arregla! puesto que no es seguro que el deseo que hemos interpretado tenga su salida; y hasta contamos con que no la tenga y que permanecerá siempre, y tanto mejor, siendo un *deseonó*.

Hasta nos da, para la interpretación del deseo, *codos*²⁰ bastante amplios.

Pero, entonces, convendría sin embargo saber aquí qué quiere decir su soporte cuando se llama fantasma y qué juego jugamos interpretando los deseos inconscientes, particularmente los del neurótico. Es ahí donde se trata de plantear la pregunta respecto al fantasma. La hemos planteado incesantemente. Replanteémosla aquí, al final, por última vez.

Cuando los lógicos –de donde todo este discurso de hoy ha partido se limitan a las funciones formales de la verdad, ya les dije, encuentran un *gap*, encuentran un espacio singular entre ese principio de no contradicción y el de bivalencia. Y ustedes lo hallan desde Aristóteles,

¹⁸ *désirpas* – *irpas*, respectivamente : *deonó* – *eonó* [N. del T.].

¹⁹ Es factible adoptar en francés la grafía de J. Nassif: *désire pas*, *désirepas*, *irepas*, *irepasser*. La nuestra no hace más que seguir el modelo : *désespoir*, *espoir*, *espère* [desespero, esperanza, espero]. Esta grafía interpreta también: *desir passé* [deseo pasado]: por donde se vuelve a pasar [S.].

²⁰ *coudées* : medida lineal que se tomó de la distancia que media desde el codo a la extremidad de la mano [N. del T].

precisamente en el libro que se llama *De la interpretación*, y que, por comodidad, les señalo, está en el párrafo 19-a, en la anotación que designa los manuscritos clásicos de Aristóteles, y que encuentran en la página 100, es fácil de retener, en la muy mala traducción que les recomiendo, la de Tricot, que es corriente.

Aristóteles interroga la función que implica la bivalencia de lo *verdadero* y de lo *falso* en sus consecuencias. Quiero decir, en lo que implica cuando se trata de lo *contingente*, en lo que va a suceder. Lo que va a suceder, si sí o si no, si nos planteamos que es verdadero o falso; es entonces verdadero o falso enseguida, es decir, que ya está decidido. Naturalmente, eso no puede funcionar.

La solución que da, que consiste en poner en duda la bivalencia, no es lo que está en cuestión aquí. No adelantaré aquí la discusión. Pero en cambio lo que haré notar es que la solución lógica –banal, corriente, la que se da por ejemplo en el volumen de los *Kneale* (creo haberlo pronunciado correctamente), *Desarrollo de la lógica*– la solución que consiste en decir que lo que es verdadero no podría ser una articulación significativa, sino lo que ésta *quiere decir*, es falsa.

Esa solución es falsa, como lo muestra todo el desarrollo de la lógica; quiero decir que lo que se deduce de toda instauración formal no podría, en ningún caso, fundarse en la significación por la sencilla razón de que no hay posibilidad de fijar ninguna significación que sea unívoca, y porque independientemente de los significantes que planteen ustedes para precisarla *verdadero* o *falso*, siempre es posible implicarla en una circunstancia en que la verdad, la más claramente enunciada a título del contenido significado, será falsa, hasta más que falsa: un característico engaño.

Solo es posible instaurar un orden atribuyendo, hablo de lógica, atribuyendo la función de la verdad a una agrupación significativa. Por eso este uso *lógico* de la verdad sólo se encuentra en la matemática donde, como lo dice Bertrand Russell, uno no sabe en ningún caso de qué se habla. Y si cree saberlo, pronto se desengaña. Habrá que barrerlo todo rápidamente y hacer surgir la intuición.

Recuerdo esto para interrogar lo que concierne a la función del fantasma.

Digo –modelo, *Un niño es golpeado*– que el fantasma no es más que un arreglo significativo cuya fórmula di desde hace tiempo, emparejando el *a minúscula* con el *S tachado*. Esto quiere decir que hay dos características; la presencia de un objeto *a minúscula*, y por otra

parte, nada diferente a lo que engendra el sujeto como *S tachado*, a saber, una frase. Por eso *Un niño es golpeado* es típico. *Un niño es golpeado* no es más que la articulación significativa *un niño es golpeado*; salvo que (lean el texto, remítanse a él) ahí vagabundea, ahí vuela, nada menos que esto –pero imposible de eliminar– que se llama la mirada.

Antes de poner en juego los tres tiempos de la génesis de ese producto que se llama el fantasma, ¡importa sin embargo designar qué es!

No es porque Freud tuviera que vérsela con iletrados que no sigue siendo interesante plantear las aristas firmes del *estatuto* del fantasma y decir: no es estrictamente nada más, conforme a lo que les he aportado al comienzo de este año, concerniente al acoplado por una parte del *yo no pienso* con la estructura gramatical, decirles que es en lugar mismo de esta estructura gramatical que en la cuarta cima del cuadrángulo surge el objeto *a minúscula*; y agregar –puesto que acabamos ya de designar a dos de ellos, los dos de la izquierda– que el ángulo de abajo a la derecha, aquel donde *no soy* deja lugar, merma a nivel de lo inconsciente, lo que es el complemento de la estructura puramente gramatical significativa del fantasma; a saber, aquello de lo que partí hoy y que se llama UNA SIGNIFICACION DE VERDAD.

Lo que hay que retener, asegurar con alfileres, en todo lo que enuncia Freud respecto al fantasma, es sencillamente ese breve rasgo clínico –de este, que él avanza aquí para demostrarnos tantas cosas sobre su uso, al manipularlo– pero lo que hay que retener es un rasgo como éste: que ese fantasma, el mismo, se encuentra en estructuras neuróticas muy diferentes; pero, igualmente, lo saben ustedes, que ese fantasma permanece a una distancia singular de todo lo que se debate, de todo lo que se disputa en los análisis, por cuanto se trata de traducir allí la verdad de los síntomas.

Parece que eso fuera como una especie de muleta o de cuerpo extraño, algo para el uso, en últimas, ya lo saben, que tiene una función bien determinada: la de *subvenir* lo que, en últimas, bien puede llamar uno por su nombre: una cierta *carencia* del deseo. En la medida en que está puesto en juego, concernido –se requiere que lo esté así sea para dar el paso de entrada, para poner en orden la pieza) a la entrada del acto sexual.

Esta distancia del fantasma respecto a la zona donde se juega lo que recalqué hace poco como primordial de la función del deseo y de su vínculo con la demanda, es de esto (por muy evidente que sea el hecho de que de ahí resulta la inflexión entera del análisis en torno a los

registros llamados de la frustración y de términos análogos), es esto lo que nos permite hacer el punto de la diferencia que hay de la estructura perversa a la estructura neurótica.

¿Qué quiero decir cuando digo que el fantasma cumple allí rol de significación de verdad? Pues bien, ¡les voy a decir! Digo lo mismo que dicen los lógicos, a saber: que ustedes chapucean las cosas al querer a todo precio insertar ese fantasma en ese discurso de lo inconsciente cuando de todas maneras, él les resiste bastante bien a esta reducción. Y cuando deben decir que en el tiempo mediano, el tiempo dos de *Un niño es golpeado* –aquel donde el que está ahí es el sujeto, en el lugar del niño– a ése sólo lo obtienen en casos excepcionales. Es que, a decir verdad, la función del fantasma... quiero decir, en su interpretación, y más especialmente aun en la interpretación general, que darán ustedes de la estructura de tal o tal neurosis, que siempre deberá, en último término, inscribirse en los registros que he dado, a saber, para la fobia, deseo prevenido; para la histeria, deseo insatisfecho; para la obsesión, deseo imposible... ¿Cuál es el rol del fantasma en este orden del deseo neurótico?

Pues bien, *significación de verdad*, he dicho, lo que quiere decir lo mismo que cuando ustedes ponen una V mayúscula –pura convención en la teoría dada por ejemplo de tal conjunto– cuando afectan con la connotación de verdad algo que ustedes llamarán *axioma*. En su interpretación el fantasma no tiene otro rol. Tienen que tomarlo tan literalmente como sea posible y lo que tienen que hacer es hallar en cada estructura, definir las leyes de transformación que le garantizarán a ese fantasma, en la deducción de los enunciados del discurso inconsciente, el LUGAR DE UN AXIOMA.

Tal es la única función posible que se puede dar al rol del fantasma en la economía neurótica. Que pueda suceder que su adecuación se tome prestada del campo de determinación del goce perverso es lo que, ya lo vieron, he demostrado, y de lo cual creo haber fijado suficientemente su fórmula en nuestras reuniones precedentes, respecto a la disyunción, en el campo del Otro, del *cuerpo* y del *goce*, y de esta parte preservada del cuerpo donde el goce puede refugiarse.

Que el neurótico encuentre, en esta adecuación, el soporte hecho para *componer* la carencia de su deseo en el campo del acto sexual, es en adelante lo que menos puede sorprendernos.

Y si ustedes quieren que les dé algo que sirva a la vez de lectura –no puedo decir que deba ser agradable lectura para ustedes (¡es tan aburrido como el humo!), y sin embargo, como ejemplo de una verdadera infamia en materia científica, les recomendaré la lectura, en Havelock

Ellis, del caso célebre de Florrie.²¹ No hay mejor manera de ver hasta qué punto cierto modo de abordaje de un campo, del que se vanaglorian –en nombre de no sé qué objetividad–, de forzar las puertas, cuando en realidad se es íntegramente esclavo, y esclavo de una manera verdaderamente muy singular... no hay una de las líneas de esa observación célebre, que no lleve en cierta forma las marcas de la dejadez del profesor.

Ese caso de Florrie es un texto sensacional. Seguramente, les aparecerá con todas las características, después de todas las coordenadas que les he dado, como una neurosis. De ninguna manera... el momento en que Florrie *sobrepasa*, en el sentido de ese algo que puede en cierta forma sucederle a un neurótico sin que jamás haya para él nada equivalente al goce perverso, pero *sobrepasa* en el sentido ambiguo que hace de esto a la vez un paso al acto y, para nosotros que leemos, un *acting-out* –algo que hace que Florrie, afectada por sus fantasmas de flagelación, llegue una vez a sobrepasar la prohibición que representan para ella, vale ser confrontado con las carencias absolutamente manifiestas de esta observación. Y hasta el punto en que –habiéndole Florrie confesado que sólo excepcionalmente hace ella entrar en sus fantasmas a una persona real, a alguien que ella admira y venera– es en verdad increíble ver la pluma de Havelock Ellis inscribir: ¡“De quién se trata, nunca le pregunté”! Cuando está claro...–como en el caso del Padre Ubu; cuando le ven ustedes la cola del cerdo todavía entre los dientes– que, por supuesto, es Havelock Ellis quien es ahí enredado en la harina de cabo a rabo por esta paciente, ¡es de él que se trata! Y, en últimas, más vale tener que dárselas de gran personaje para retomar a los miembros de la comunidad analítica, que se han permitido opinar sobre ese mismo caso, con un respeto, por lo demás completamente injustificado, hacia la compilación de esta observación por Havelock Ellis.

Esto, sin embargo, es de naturaleza tal como para mostrarnos al mismo tiempo todo junto, todas las dificultades que he querido subrayar hoy, respecto a lo que concierne a la apreciación del fantasma.

Si se puede decir, yo diría que del fantasma –tal como lo imaginamos nosotros, pobres neuróticos– del fantasma, de su función al nivel llamado perverso, a aquel de su función en el registro neurótico, hay exactamente la distancia, termino aquí haciendo clínica, ¡que hay *con el dormitorio!*

²¹ Havelock Ellis, *Études de psychologie sexuelle*, « Le mécanisme des déviations sexuelles », tomo VII, p. 21 a 119. Edición crítica establecida bajo la dirección del Profesor Hesnard. Le livre Précieux, París, 1965.

¿Acaso existen los dormitorios? No hay acto sexual... Eso deja, en el dormitorio ¡ah! – aparte del de Ulises, en que la cama es un tronco arraigado en el suelo– eso deja, a propósito de los dormitorios (y sobre todo en nuestra época, ¡ah!, en que todas las cosas se... se... se botan), eso deja una seria duda; pero bueno, es un lugar que, por lo menos teóricamente, existe.

Hay, sin embargo, una distancia entre el dormitorio y el *cuarto de baño*. Pongan bastante atención porque todo lo que sucede, todo lo neurótico que sucede, sucede esencialmente en el cuarto de baño (esos asuntos de arreglo de lógica son importantes)²², en el cuarto de baño o en la *antecámara*, es lo mismo.

Para el hombre del placer en el siglo XVIII también, para él... todo sucedía en el *tocador*. ¡A cada cual su lugar!

Si quieren precisiones, ¿ah? la fobia, puede tener lugar en el *armario de ropas*... o en el *corredor*, en la *cocina*.

La histeria, tiene lugar en el *locutorio* (¡el locutorio de los conventos de las monjas, por supuesto!) ¿Qué?

La obsesión, en los *cagaderos*.

Pongan atención a esas cosas, es definitivamente importante.

Sí... todo esto nos lleva a la puerta de lo que los invitaré a sobrepasar, el próximo año, a saber, una *cámara*... para dormir... [un dormitorio] donde nada sucede, salvo que el acto sexual se presenta allí como forclusión, *Verwerfung* propiamente hablando. Es lo que comúnmente se llama el *consultorio del analista*.

El título que daré a mi lección del próximo año será *El acto analítico*.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila

Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español:

Álvaro Daniel REYES G., Arturo de la Pava O., Belén del Rocío MORENO C., Carmen Lucía DÍAZ L., Eduardo ARISTIZÁBAL C., Javier JARAMILLO G., Mario Bernardo FIGUEROA M., Pilar GONZÁLEZ R., Tania ROELEN S H.

Esta traducción continúa su marcha; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com

²² ¿“de lógica” [Sizaret], o “de alojamiento” [Dorgeuille]?